

Trabajando con la memoria: exilio y fuente oral

ÁNGELES EGIDO LEÓN

ABSTRACT

En este artículo la autora realiza una propuesta metodológica que presenta, como fuente fundamental aún inexplorada, el testimonio oral de los más de medio millón de exiliados para la reconstrucción histórica de esta vertiente de la Guerra Civil y el franquismo. La fuente oral «da voz a los pueblos sin Historia», a los vencidos que fueron acallados por la historiografía dominante, por lo que esta corriente, en progresivo afianzamiento y sistematización teórica, se perfila como la más adecuada para una nueva reinterpretación del exilio.

Cuando se conmemoran los 25 años de la desaparición del franquismo y de la instauración de la Monarquía democrática en España, es de justicia, o debería serlo, dedicar un espacio equitativo a los grandes olvidados o, al menos, no suficientes recordados: los protagonistas del exilio republicano. El final de la Guerra Civil supuso el comienzo del éxodo para la mayor parte de los integrantes de la España vencida. Entre esa cifra, que se sitúa convencionalmente en torno al medio millón de españoles, se esconden muchas vidas y muchas historias anónimas que afortunadamente cada vez con mayor precisión y profesionalización, por parte de los historiadores, empiezan a intentar rescatarse del olvido.

No cabe duda de que esa reflexión sobre la necesidad de reconstruir una parte de la historia olvidada, ejemplarizada en la experiencia del exilio, contribuyó, y sigue contribuyendo cada vez con mayor densidad¹, al desarrollo de una disciplina historiográfica apoyada en los testimonios orales no ya como una fuente más, sino incluso, en algunos casos especialmente significados, como

¹ Una reflexión sobre las últimas publicaciones al respecto, cada vez más especializadas, puede verse en Angeles Egido León, *Francisco Urzaiz. Un republicano en el Francia ocupada. Vivencias de la guerra y el exilio*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, pp. 21-30.

una fuente prioritaria cuando no exclusiva. A glosar, e intentar acercar al estudioso interesado en estos temas, la relación entre el exilio y la fuente oral van destinadas estas páginas, concebidas inicialmente como guía para los estudiantes, cada vez más numerosos, que se interesan por esta parcela del conocimiento histórico².

LA HISTORIA Y EL TESTIMONIO ORAL

Dado que toda historia es en principio oral y la utilización de «documentos vivos» para la reconstrucción del pasado es tan antigua como la propia historia, es difícil comprender por qué el testimonio oral no ha gozado, durante mucho tiempo, por parte de los historiadores de la consideración que sin duda merecía como fuente de la Historia. Paradójicamente la explicación de ese desencuentro tiene su origen precisamente en el momento en que se produjo la profesionalización de los estudios históricos y sobre todo su institucionalización, a partir del historicismo y del positivismo. Fue entonces cuando el documento escrito pasó a considerarse el único merecedor de la condición de fuente, quedando relegado el testimonio oral al ámbito de la literatura o del folklore.

Serían sociólogos y antropólogos, en el marco de las ciencias sociales, los que rescataran el valor del testimonio oral como fuente histórica. Partiendo de la certeza de que «todo» tiene interés para el historiador, la recogida de testimonios, de «documentos vivos», se convirtió en una técnica esencial para penetrar en el interior de una comunidad, para comprender su estilo de vida y captar su sistema de valores y creencias, para reconstruir, en último término, una historia viva alejada del marco convencional encerrada en la historia oficial. Paralelamente, en el ámbito de la sociología, fueron arbitrándose métodos y técnicas específicos para reconstruir historias de vida, a partir de las cuales se pretendía formular una teoría sociológica general³.

Apoiada en ambas ciencias sociales, fue desarrollándose lo que inicialmente se llamó Historia Oral, aunque ahora ese término está ya definitivamente desterrado en favor de otro más preciso: fuente oral, en tanto el testimonio oral se reconoce como una fuente más entre las que suele manejar el historiador.

La revalorización del testimonio oral como fuente histórica no alcanzaría su cota máxima hasta los años cincuenta, cuando se crearon los primeros centros

² Expuestas en sucesivos seminarios enmarcados en cursos del Programa de Formación del Profesorado de la UNED. Véase al respecto Angeles Egido (coord.), *La Biografía: una corriente historiográfica reavivada*. Textos de Educación Permanente, Madrid, UNED, 2000.

³ Sigue siendo útil, a este respecto, la obra pionera de Maurice Duverger, *Métodos de las ciencias sociales*, Barcelona, Ariel, 1981 [ed. or. París, PUF, 1961]. Precisiones sobre el concepto y utilización de las historias de vida, en Jorge Balán (intr. y sel.), *Las historias de vida en ciencias sociales. Teoría y técnica*. Buenos Aires, Nuevas Visión, 1974; y Juan José Pujadas Muñoz, *El método biográfico: el uso de las historias de vida en ciencias sociales*. Madrid, CIS (Cuadernos Metodológicos/5), 1992.

de documentación e investigación en la aplicación de esta vertiente histórica en Estados Unidos (Oral History Research Office en la Universidad de Columbia y otras semejantes en Texas o California). Esta primera generación se situó al lado de las ciencias políticas y se inclinó más a la recogida de testimonios de élites y notables, aunque paralelamente, en México, los archivos sonoros de del Instituto Nacional de Antropología comenzaron a recoger los testimonios de los jefes de la revolución mexicana⁴. También en Europa comenzaron a surgir entidades destinadas a la recopilación de testimonios orales, nacidas en parte de la necesidad de reconstruir la lucha clandestina durante la Segunda Guerra Mundial, como consecuencia de un fenómeno similar al que se producirá en España a propósito de la Guerra Civil.

Los años sesenta dan entrada a una nueva generación de «historiadores orales» que desarrolla un concepto mucho más ambicioso: no sólo se trata de una fuente complementaria a los materiales escritos, sino ciertamente de «otra historia» que además pretende dar voz a los «pueblos sin historia», a los vencidos, a los marginados, a las minorías. En su forma más radical, es una historia alternativa, no solo respecto a la historia académica sino también a las construcciones historiográficas basadas sólo en lo escrito. Esta corriente se extenderá en Italia, practicada por sociólogos y antropólogos próximos a partidos de izquierda, y luego a Inglaterra⁵ y también a América Latina —en Argentina, por ejemplo, empiezan a recogerse entrevistas de sindicalistas y de dirigentes peronistas— y culmina con la creación, en 1967, de la «American Oral History Association». A partir de 1971 comienza a publicarse la revista *Oral History* en el Departamento de Sociología de la Universidad de Essex.

En España y Francia habrá que esperar a los años setenta para observar el afianzamiento de esta corriente y será también en esta década cuando se produzcan los primeros intentos de sistematización teórica y metodológica ya de forma generalizada. Dos encuentros internacionales marcan una primera afirmación de esta corriente: el XIV Congreso Internacional de Ciencias Históricas de San Francisco (1975), en el que se discute sobre la Historia Oral como una nueva metodología para la investigación histórica y el primer Coloquio Internacional de Historia Oral celebrado en Bolonia en 1976, que ya se encabezaba con la expresión: Fuentes Orales. El título concreto era Antropología e Historia: fuentes orales.

Estos dos encuentros podrían considerarse también como el punto de partida de la tercera etapa o tercera generación, en la que ya se constituyen verdaderos grupos de trabajo. Un primer impulso parte de Turín, donde se organiza una exposición sobre el mundo obrero entre las dos guerras y ya se presenta la

⁴ Una recopilación reciente del estado de la cuestión puede verse en Jorge Eduardo Aceves Lozano, *Historia oral e historias de vida. Teoría, métodos y técnicas. Una bibliografía comentada*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1996.

⁵ La obra básica al respecto, hoy todavía un clásico, es la de Paul Thompson, *The voice of the past*, Oxford University Press, 1978. La traducción española, *La voz del pasado. La historia oral*, con prólogo de Mercedes Vilanova, en Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1988.

fuentes orales como fundamentales para estudiar las clases populares. En los años ochenta, en 1981 exactamente, se crea la revista *Fonti Orale*.

Para entonces, en Francia, ya se habían emprendido dos grandes empresas colectivas: la creación en 1975 en París de los Archivos Orales de la Seguridad Social, bajo la dirección de Dominique Aron-Schanapper y Danièle Hanet, y la investigación sobre los etno-textos, reagrupando a historiadores, lingüistas y etnólogos, en Aix-en-Provence. En 1979 se crea la Asociación Francesa de Archivos Sonoros y en 1980 tiene lugar el primer encuentro francés de investigadores que utilizan la fuente oral bajo el auspicio del Instituto de Historia de Tiempo Presente.

Un esfuerzo paralelo se realiza en América Latina. La Fundación Getulio Vargas se dedicó a recoger testimonios de líderes políticos desde 1920 y en Costa Rica la Escuela de Planificación y Promoción Social de la Universidad Nacional organizó el primer concurso nacional de autobiografías campesinas. También hubo proyectos similares en Ecuador, Bolivia, Nicaragua y Argentina.

En cuanto España, hay una iniciativa pionera: la de Mercedes Vilanova, que trabajó casi en solitario desde 1969 hasta 1975. Hasta 1985 puede decirse que la historia oral española se limitaba al grupo de la Universidad de Barcelona, que organizó en ese año el V Coloquio Internacional de Barcelona. Luego ya le secundaron otros grupos en la Universidad de Mallorca, Joan Miralles, y en la Universidad Complutense, donde Carmen García Nieto crea, en 1985, el Seminario de Fuentes Orales que organiza desde entonces encuentros bianuales. En pocos años España se coloca casi en un lugar pionero con una abundancia de proyectos en Valencia, Santiago de Compostela, Oviedo, Canarias, Málaga, Navarra, Andalucía y en la propia UNED⁶. Hay también otras iniciativas que van desde Japón, donde se recopilaron memorias recogidas sobre la Segunda Guerra Mundial, hasta casos específicos como la historia judía, en el marco de las historiografías nacionales.

La década de los ochenta representa, en todo caso, el nacimiento o el reconocimiento explícito de la existencia de una verdadera comunidad de historiadores que trabajan con fuentes orales, materializada en la multiplicación de coloquios internacionales (Bolonia, Colchester, Amsterdam, Aix-en-Provence, Barcelona, Oxford) y no es poco significativo que en 1988 el Congreso Internacional de Archivos se dedicase a los nuevos documentos, entre ellos los archivos orales. En España, la fundacional al final de la década, en 1989, de la revista *Historia y Fuente Oral*, impulsada por Mercedes Vilanova, representa un

⁶ Para la evolución en los últimos años, véase el monográfico de la revista *Ayer*, coordinado por Josefina Cuesta, *Memoria e Historia*, 32 (1998). Véase especialmente el capítulo de la misma autora «Memoria e historia. Un estado de la cuestión», pp. 203-246. Sobre los fondos del Archivo del Seminario de Fuentes Orales y Gráficas ubicado en la Mediateca de la Facultad de Geografía e Historia de la UNED, creado en 1985 por el profesor Víctor Morales Lezcano, véase Teresa Pereira, «Fuentes orales e historia contemporánea: un archivo en formación», en *Espacio, Tiempo y Forma*, V, 3 (1990), pp. 17-42 y «Un archivo audio-visual para el estudio de la Historia Contemporánea de España y de las Relaciones Internacionales», en *A distancia*, (otoño 1997), pp. 10-12.

verdadero punto de referencia y un empujón para esta disciplina no sólo en el plano nacional sino en el conjunto de la comunidad internacional de historiadores que trabajan con fuentes orales.

Todavía habría una cuarta generación, la de la década de los noventa, que introduce nuevas variables: el mundo de la imagen, el vídeo frente o al lado del magnetófono; nuevas perspectivas: levantadas, por ejemplo, tras la caída del muro de Berlín con la consecuente posibilidad de reconstruir una imagen nueva, en libertad, de la Europa del Este e incluso nuevas realidades: estamos viendo surgir una historia oral en el Magreb, por ejemplo⁷.

En cualquier caso, podemos afirmar que hoy la investigación con fuentes orales está en proceso de consolidación y ya ha dado muchos frutos maduros⁸. Sin embargo, aun queda mucho por hacer y hay que admitir que todavía hay quien se cuestiona la relación entre Historia-Memoria, es decir, la utilización del testimonio oral como fuente de la historia. Más que cuestionarla, lo que hay que hacer, desde nuestro punto de vista, es aquilatarla. Es decir, no cabe duda de que la memoria es fuente de la Historia, pero una fuente que necesita como otras de un tratamiento específico. Dicho de otro modo, desde el punto de vista del historiador, el testimonio oral ha de ser pasado por el tamiz de la metodología «científica» y sólo así podrá incluirse en los resultados acabados de una investigación.

LA MEMORIA INDIVIDUAL EN EL MARCO DE LAS FUENTES ORALES

Como resulta imposible, obviamente, abordar todos los matices que la materia precisa, voy a centrarme en algunas reflexiones sobre el trabajo con la memoria individual en el marco de las fuentes orales⁹. No hace mucho tiempo la

⁷ En este sentido, es obligado citar los trabajos de Víctor Morales Lezcano centrados en la inmigración africana y con atención específica a las fuentes orales, especialmente *Inmigración africana en Madrid: marroquíes y guineanos (1975-1990)*, Madrid, UNED, 1993 y *El desafío de la inmigración en la España actual: una perspectiva europea*, Madrid, UNED, 1994; o los testimonios sobre el exilio en Francia y los problemas de reinserción en el país receptor, recogidos en *Exilios I. Refugiados españoles en el mediodía francés*. Videograbación. Guión: Alicia Alted, Jean Pierre Amalric y Santos Juliá. Realización: Gilbert Rigaud, Madrid, UNED, 1994; y *Exilios II. Refugiados españoles en el Mediodía de Francia. Éxodo, acogida y campos*. Videograbación. Guión: Alicia Alted y Benito Bermejo. Realización: Gilbert Rigaud, Madrid, UNED, 1997.

⁸ Un análisis general de su evolución puede verse en Philippe Joutard, «L'Histoire Orale: bilan d'un quart de siècle de réflexion méthodologique et de travaux», ponencia presentada en el XVIII Congreso Internacional de Ciencias Históricas, Montreal, 1995, recogido en J. Amado y M. de Ferreira (eds.), *Usos & Abusos da História Oral*, Río de Janeiro, Fundação Getulio Vargas, 1996 y en *Historia, Antropología y Fuentes Orales*., Barcelona, 15 (1996), pp. 155-170.

⁹ Véanse también las observaciones metodológicas expuestas en «Recuerdos de una vida: primeras impresiones de un exiliado en Francia», en AA.VV., *Españoles en Francia, 1936-1946*, Universidad de Salamanca, 1991, pp. 593-601; y «Eslabones del Quinto Regimiento: las Milicias Regionales. Experiencias y reflexiones de un capitán del Batallón Segoviano», en Alicia Alted (coord.), *Entre el pasado y el presente. Historia y Memoria*, Madrid, UNED, 1996, pp. 105-134.

profesora Josefina Cuesta publicó un libro que supuso un verdadero esfuerzo de sistematización¹⁰. En él se distinguía entre los diferentes *tipos* de memoria: memoria individual, memoria social, memoria colectiva; *usos* de la memoria: cambio, nostalgia, mito, silencio, olvido, memoria institucionalizada; y *géneros* de la memoria: familiar, popular, obrera, culta.

Pues bien, dando por sabido que existen estos diferentes tipos, usos y géneros de memoria, vamos a ocuparnos por el momento de uno de ellos: la memoria individual, el testimonio personal, es decir, los recuerdos y reflexiones de una sola persona sobre hechos históricos ya conocidos, un campo en el que la historiografía se ha adentrado con especial intensidad desde que Ronald Fraser publicara su conocida y pionera obra: *Escondido. El calvario de Manuel Cortés*¹¹, en la que recogía el testimonio del último alcalde republicano de Mijas antes de que el pueblo cayera ante las fuerzas franquistas durante la Guerra Civil, que había permanecido oculto en su domicilio durante treinta largos años. Un trabajo ampliado al marco colectivo con el quizá más conocido y sin duda de más impacto en su momento, *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española*¹².

En todo caso, para iniciarse en el trabajo con la memoria, ya sea individual o colectiva, es necesario familiarizarse con algunas consideraciones metodológicas previas, que apuntan hacia tres puntos de partida obvios: la selección, es decir, la elección previa del testigo o testigos; la recogida, es decir, el medio, la forma empleada para recabarlos; y el tratamiento posterior del testimonio o testimonios recogidos.

En lo relativo a la *selección de los testigos*, podría pensarse inicialmente que sólo interesan los testimonios de cierta relevancia, es decir, los correspondientes a personas destacadas bien por su cultura, bien por su condición social, bien por su adscripción política. Pero la primera lección que aprende el investigador en fuentes orales es que no debe despreciarse ninguna información provenga de donde provenga. Es más, la gente corriente *sabe* cosas y, lo que es más importante, no suele tener inconveniente en contarlas. Aún más, si el informante no está en condiciones de proporcionar determinados datos puede conducir, en cambio, a otros que a su vez nos conducirán a otros generando una rueda inestimable de información. No hay que olvidar, por otra parte, que una de las bases iniciales del nacimiento de esta disciplina fue precisamente recoger los testimonios de la marginalidad, es decir, aquellos que solían ser despreciados por la historia oficial.

Una vez determinados los componentes o componente, en su caso, de la muestra, el siguiente paso es la *recogida*. Y esto nos plantea nuevos interrogantes respecto al método y respecto a la técnica a emplear. Hay al menos dos

¹⁰ Josefina Cuesta, *Historia del presente*, Madrid, Eudema, 1993.

¹¹ Ronald Fraser, *Escondido. El calvario de Manuel Cortés*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1986 [ed. or. 1972].

¹² Ronald Fraser, *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española*, 2 vols., Barcelona, Crítica, 1979.

consideraciones que es preciso anotar para valorar la importancia y limitación implícita de la fuente oral: la transcripción escrita del testimonio grabado y su inclusión, sin desvirtuarlo, en el discurso histórico convencional. En ambas adquiere un especial significado el método que haya aplicado previamente el historiador, es decir, la elaboración de encuestas de tipo cualitativo (*entrevistas*) y las de tipo cuantitativo (*encuestas*). En ambos casos resulta imprescindible acudir a estas técnicas ya ampliamente utilizadas en el campo de la investigación social.

La entrevista es el método más tradicional de recoger información verbal. A este respecto, se ha distinguido entre entrevistas de opinión y entrevistas documentales y entre entrevistas a líderes y entrevistas a «hombres de la calle»¹³. Las entrevistas de opinión, obviamente, buscan conocer las opiniones y actitudes de la persona entrevistada, elegida por su especial relevancia política, cultural o social. Interesa lo que es, lo que hace y sobre todo lo que «opina». Por el contrario, en las entrevistas documentales lo que interesa es lo que «sabe». Ambas son, en cualquier caso, especialmente útiles para la historia inmediata. En cuanto a los cuestionarios, ofrecen una información más extensa pero también más superficial.

En general, en una investigación suelen utilizarse complementariamente ambas fórmulas, aunque lo más habitual es comenzar por la entrevista, más o menos formal. Plantémonos, pues, para empezar, *¿cómo abordar la entrevista?* Desde un punto de vista meramente formal, suelen barajarse al menos dos opciones. La primera consiste en permitir hablar libremente al testigo, sin interferir en su discurso argumental, es decir, sin intercalar demasiadas preguntas y, en todo caso, sin seguir un cuestionario previamente determinado por el entrevistador. La segunda, en cambio, parte y se ciñe fundamentalmente a esa batería de preguntas, previamente aquilatada por el receptor que, en algunos casos, se hace llegar previamente al interesado,

El primer sistema, aunque proporciona a menudo una mayor cantidad de información, sobre todo a veces una información no prevista por el entrevistador, se presta, sin embargo, a una mayor incoherencia en cuanto al contenido final del testimonio recogido, cuyo hilo conductor ha marcado además el relator, según su propio interés o conveniencia. Se corre el riesgo también de que se pierdan datos adyacentes que en el momento de la entrevista no son «recordados» por el relator o que, en el peor de los casos, son conscientemente «olvidados». Obliga, en todo caso, a un esfuerzo posterior del receptor, que debe ordenar y reestructurar, en la mayoría de los casos, el resultado final de la entrevista, cuyo contenido generalmente se vierte con saltos cronológicos y lagunas temporales aleatorias.

El segundo sistema elimina algunos de estos inconvenientes, en tanto obliga al testigo a seguir un marco cronológico y temático previamente delimitado por el entrevistador, que obtiene a primera vista un testimonio mejor hilvanado

¹³ Duverger, *ob. cit.*, pp. 282-283.

y teóricamente más preciso. Se pierde, en cambio, la espontaneidad del relato e incluso, lo que es más importante, secuencias temáticas o cronológicas que el informante posee, pero que no vierte en la entrevista, simplemente porque no se le requiere para ello.

En realidad, la utilización de uno u otro sistema suele venir impuesta por las propias características del entrevistado. Hay personas que prefieren dejarse llevar, que *hablan* sin inhibición y que no parecen sentirse limitadas por la presencia de una grabadora y de una persona hasta cierto punto extraña, y para las que, incluso, la interrupción a la que obliga la secuencia prevista en el cuestionario supone un impedimento que rechazan instintivamente en la narración de su discurso argumental o de su experiencia vital. Hay otras, en cambio, que necesitan pensar lo que van a decir e incluso revisar posteriormente sus respuestas. Para estas últimas, el cuestionario se revela no sólo útil sino, en algunos casos, imprescindible.

En la práctica, suelen mezclarse o simultanearse ambos sistemas. Es decir, el entrevistador acude o debe acudir con un cuestionario, aunque sea sólo mentalmente, previamente preparado, que debe servirle como guía en los momentos en que parezca perderse el hilo argumental o simplemente sea necesario apuntalar la memoria del testigo o recabar su atención o su opinión sobre algún suceso o etapa que inicialmente el interesado pase por alto, ya sea intencionada o incidentalmente. Pero con la máxima táctica de permitir al testigo expresarse libremente. En todo caso, la dialéctica silencio-olvido es una de los temas más interesantes y difíciles de abordar en el trabajo con fuentes orales. Dejar hablar libremente al testigo permite comprobar lo que quiere «olvidar» y lo que quiere «recordar». El uso del cuestionario, intercalado convenientemente a propósito de estos olvidos, voluntarios o intencionados, y la reacción consiguiente del testigo, permite al entrevistador aquilatar potencialmente la fiabilidad y, sobre todo, la sinceridad del testimonio recogido.

Pero, más allá de las obligadas precauciones teóricas, compartimos la opinión de Ronald Fraser que considera más adecuado hablar de diálogo, mejor que de entrevista, y de discurso libre, más que de cuestionario¹⁴. El diálogo no sólo permite generar un clima de empatía que facilita y simplifica la labor propuesta, sino que a la larga resulta más beneficioso para el investigador, porque una vez que el testigo ha contado su propia historia, se ha vaciado, queda liberado del peso de su memoria y abre un hueco que permite penetrar al investigador, esta vez ya pertrechado con el cuestionario previamente preparado, en el ámbito preciso de la memoria del entrevistado que desea sondear. No se trata, en todo caso, de hacer una labor de inquisidor, sino de introducirse con el mayor respeto y consideración en la memoria del relator que a fin de cuentas nos hace un enorme regalo: nos proporciona una fuente *viva* y, además, nos

¹⁴ Cfr. Ronald Fraser, «La formación de un entrevistador», *Historia y Fuente Oral*, Barcelona, 3 (1990), pp. 129-150.

hace depositarios no ya de su memoria histórica, sino en la mayoría de los casos, de su confianza y de su amistad.

De hecho, la experiencia demuestra que son necesarias varias entrevistas para obtener un testimonio de auténtica calidad. En la primera, nos limitaremos a tomar contacto, a romper el hielo, mientras nos cercioramos, por otra parte, del tipo de información que podemos recoger y sobre qué aspectos. No siempre oímos lo que esperábamos oír. Es más, a menudo en estas primeras conversaciones informales descubrimos otras áreas de interés e incluso la posibilidad de acceder a otros interlocutores que inicialmente no teníamos previstos.

En la segunda entrevista ya vamos sobre seguro, hemos podido documentarnos y es el momento de intercalar nuestras preguntas. Su contenido habrá de ser especialmente incisivo en aquellos aspectos que se hayan revelado particularmente dudosos o interesantes respecto al grado de fiabilidad o de interés histórico del material recogido en la primera.

Habría todavía una tercera fase: el investigador ya ha compuesto su propia historia, con la información obtenida en las dos entrevistas anteriores, ha aquilatado y comprobado los puntos débiles del relato y lo somete ahora a la consideración del testigo. El resultado final dependerá, en buena medida, de la actitud que haya adoptado el entrevistador y del grado de empatía que haya sido capaz de lograr con el entrevistado.

EL «OFICIO» DEL HISTORIADOR

En este sentido, hay que considerar algunos aspectos técnicos e incluso algunos trucos que un buen investigador no habrá dudado en utilizar. Desde el punto de vista humano, el entrevistador se habrá planteado: ¿cómo abordar al entrevistado para obtener la mayor fidelidad y la mayor objetividad posibles?, ¿cómo crear el «clima» apropiado?, ¿cómo profundizar en su testimonio para distinguir lo real de lo conveniente o retocado?

Aquí es donde verdaderamente se pone a prueba el «oficio» del historiador, aparte, claro, de su condición humana. Hay que tener en cuenta que a menudo el entrevistado revive hechos dolorosos que en algunos casos —significativamente en los aspectos más duros del exilio o de la represión— no quieren recordar, y que para la mayoría el hacerlo supone una experiencia triste, a veces humillante y casi siempre difícil. Hay que lograr un clima relajado, saber escuchar, generar la necesaria confianza y poner la máxima atención. Es una actitud a caballo entre el respeto y la prevención. Respeto profundo porque no hemos de olvidar que el testigo nos hace un regalo, nos otorga de alguna manera su confianza y pone a prueba su propia resistencia psicológica, dato que no conviene infravalorar sobre todo en el caso de las personas de edad, cuando la evocación no suele estar exenta de tensión e incluso en muchos casos de verdadero dolor. Y esto hay que saber valorarlo.

Prevención, porque siempre hay que estar preparado para discernir entre lo real y lo ficticio. Aquí el investigador dispone de algunas armas: la primera, el silencio. Un buen entrevistador sabe que un tiempo muerto (un silencio prolongado ante una respuesta poco convincente) desconcierta cuando menos al entrevistado y se produce una reacción espontánea: llenar ese vacío, la mayoría de las veces diciendo algo que no se quería decir, que se había previsto ocultar. La segunda: la documentación previa. Cuánto más sepa el investigador acerca de la etapa y de las circunstancias relacionadas con la experiencia directa del entrevistado, más fácil le resultará ir guiando sus respuestas hacia el terreno historiográficamente más fértil.

Hay también algunos trucos: el tono de voz, la autoridad serena unida al respeto por el otro. Y algunas constataciones: el valor de la anécdota. Ningún dato es despreciable. Sucede a menudo que un aspecto considerado irrelevante en el transcurso de la grabación, se revela a posteriori como la clave para interpretarla. Está también la pregunta ingenua, hacer como que no se sabe para desencadenar el torrente de la información. Recursos envueltos siempre en el más escrupuloso respeto hacia quien nos permite generosa, y a menudo dolorosamente, penetrar en una parte de su vida.

Finalmente, no hay que despreciar la incidencia o la conveniencia de determinados condicionamientos técnicos. Es fácil imaginar la distorsión que una cámara de televisión puede producir en un testigo que se había expresado libremente ante una sola persona y una pequeña grabadora y también —para compensar— los matices gestuales que la cámara puede recoger y que en la grabación se escapan.

Pero el medio más usual de recoger un testimonio individual es la entrevista, el diálogo, la conversación, a través de una grabadora. Hay que conseguir obviamente una buena calidad de grabación, elegir un lugar tranquilo y crear un clima apropiado. Lo ideal es que el testigo olvide que existe una grabadora sobre la mesa. Tampoco es conveniente tomar notas ni tener demasiados papeles a la vista. Hasta tal punto estos elementos son inhibitorios que suele darse el caso, desgraciadamente con mucha frecuencia, de que la mejor información se recoge al desconectar la grabadora, cuando la entrevista oficialmente ha terminado. Entonces el testigo (alerta por la sesión previamente desarrollada) comenta sin inhibición, opina, hace elucubraciones, se libera de la presión formal que hasta entonces había sentido ante un pequeño aparato con pilas o conectado a la red. En esos casos, caben algunas actitudes: atreverse a conectar de nuevo la grabadora —si es que se logra hacerlo sin perder el clímax— o, en último extremo, siempre queda el recurso de sentarse, una vez despedidos del interlocutor, y tomar apresuradamente nota de todo lo que se acaba de escuchar sin dar tiempo a la memoria a que nos juegue una mala pasada.

Y llegados a este punto, nos enfrentamos con el último paso: *el tratamiento posterior del testimonio recogido*. Es decir, hemos seleccionado el testigo, hemos grabado su testimonio, lo hemos revisado y comprobado, rematándolo

en sucesivos encuentros con sus correspondientes grabaciones. Y ahora, ¿qué hacemos con él?

El primer problema es la transcripción fiel de lo grabado. Transcribir un documento oral no es fácil. De hecho, es casi todo un reto en sí mismo. No es sencillo trasladar al papel el clima real de una entrevista, de un diálogo. Se pierde el calor, el gesto, el tono de voz, los silencios, el clímax.. y además está la distorsión entre el lenguaje hablado y el escrito. Aún así, supongamos que hemos decidido hacerlo y nos encontramos con una transcripción más o menos extensa, pero fruto de un trabajo serio y largo, en la que hemos procurado reflejar, lo más fielmente posible, todo lo hablado. Ahora, ¿qué hacemos con ella?

Podemos publicarla tal cual, y que el lector saque sus propias conclusiones; podemos almacenarla, a la espera de conformar un fondo verdaderamente representativo, o podemos analizarla por separado como si se tratara de un documento escrito. En el primer caso, bastaría con presentarla precedida de una somera —aunque precisa— introducción que contextualice el relato. En el segundo, es necesario que la ficha técnica de la entrevista sea lo más completa posible, puesto que serán otros investigadores los que trabajen después sobre nuestra transcripción. En ambos casos, el historiador se sitúa al margen de los hechos, actuando como mero recolector de fuentes —en este caso orales—, que contribuye a la creación de un fondo, a modo de archivo, destinado a ser estructurado de manera sistemática en el futuro. Un fondo que podrá ser analizado después, cuando el bloque sea lo suficientemente representativo, con un método similar —aunque específico— al que se emplea para otro tipo de fuentes. Utilizar este sistema en exclusiva implica asumir que habrá de transcurrir un período de tiempo considerable antes de que sea posible abordar ese análisis de conjunto.

Tal vez por ello, y por la propia experiencia práctica acumulada, se ha acabado imponiendo un sistema mixto, es decir, el historiador recoge, a corto plazo, el mayor número de testimonios parciales posible, pero sin perder la perspectiva de su utilización posterior como fuentes susceptibles de un análisis de conjunto a largo plazo. Ahora bien, mientras se completa ese hipotético fondo, no hay por qué despreciar la posibilidad de analizar esos testimonios individuales por separado, lo que indirectamente ayuda a ir perfilando la construcción del modelo de análisis de conjunto, partiendo del análisis parcial. Es decir, lo que proponemos es considerar el testimonio como si se tratara de un documento de archivo. Previamente los hemos seleccionado entre otro conjunto de documentos (testimonios), y lo vamos a analizar ahora planteando hipótesis, haciendo preguntas e intentando extraer conclusiones. En otras palabras, proponemos tratarlo como lo que es, un texto oral (un documento escrito procedente de una fuente oral) y en consecuencia, someterlo a una crítica interna como haríamos con cualquier otro documento con contenido histórico.

Y aquí es donde el «texto oral» precisa de una atención específica, de una reflexión metodológica particular, en al que al menos debemos valorar las siguientes variables:

- En primer lugar, el límite cronológico, que viene impuesto por el alcance de la memoria del entrevistado. Aquí se impone la división entre el testigo que narra acontecimientos que vivió y el que transmite lo que otros vivieron —esto último se convierte en tradición oral.
- En segundo lugar, los distintos tiempos a lo largo del relato: el tiempo pasado, al que hacen referencia los hechos narrados, al que corresponden los recuerdos, y el tiempo actual, en el que se desarrolló la entrevista.
- En tercer lugar, hay que tener en cuenta las limitaciones del lenguaje coloquial. No siempre le es posible al testigo expresar con precisión lo que vivió directamente, sin reposarlo previamente. Aunque estas limitaciones pueden obviarse en sucesivas fases de recogida del testimonio.
- En cuanto a la fiabilidad o veracidad, hay que sopesar, en su caso, la carencia de anonimato que inhibe o puede inhibir al protagonista de los hechos a la hora de narrar su participación directa en ellos; la emotividad, a menudo se evocan acontecimientos dolorosas de recordar (especialmente en el caso de la represión o del exilio); e incluso la nostalgia, que a veces pesa más que la realidad.

Desde luego, el punto clave de la discusión sobre la ortodoxia de la historia oral es, sin duda, la fiabilidad o veracidad del testimonio y su alcance en el contexto colectivo, es decir, su representatividad. La primera, aunque evidente, limitación se compensa sobradamente con la confrontación con documentos escritos, con otros testimonios e incluso con el testimonio paralelo, en sucesivas fases, de la propia persona interrogada¹⁵. En cuanto a la representatividad del documento oral, es obvio que a priori puede ofrecerla mayor el testimonio de personas de relevancia social, política y cultural, aunque sólo a priori, pues este mismo protagonismo puede encubrir una trampa de falsificación o modificación, en su propio beneficio, de lo que narran. Sin embargo, este fantasma planea siempre, en una u otra forma, sobre el trabajo del historiador. Por otra parte, en su confrontación con otros testimonios (relatos cruzados) y, en su caso, con el resto de la muestra, además de con otras fuentes no orales, estriba su riqueza y también la importancia y justificación del trabajo del entrevistador. En cualquier caso, nunca puede olvidarse su carácter subjetivo en el que hallamos, por otra parte, una explicación de su interés.

Preguntémosnos, para terminar, *¿qué pueden aportar estos testimonios al historiador?* La contestación en un plano general es obvia: aportan fundamentalmente una *reconstrucción viva* del pasado, en tanto nos permiten recrear el escenario en el que transcurrieron los hechos de una manera mucho más *real* que en los libros. Nos proporcionan, además, *datos*, es decir, informaciones de primera mano que, una vez contrastadas, no sólo contribuyen a incrementar el conocimiento histórico sino que lo enriquecen sobremanera, porque de otro

¹⁵ Philippe Joutard, *Ces voix qui viennent du passé*, París, Hachette, 1983, pp. 217-244.

modo se habrían perdido. Por último, no hay que olvidar, y esto es especialmente obvio en el caso de la represión y del exilio y también en el de la historia inmediata, que a menudo son si no las únicas, sí las más directas fuentes disponibles para reconstruir un pasado que, en muchos casos, ha habido clara intencionalidad de borrar.

No cabe olvidar, por último, otras connotaciones que han hecho especialmente interesante la fuente oral. Entre ellas cabe destacar su carácter «popular», es decir, sería la historia de las gentes sin historia, en tanto se vincula a aquellos sectores de la población que al no protagonizar los acontecimientos generalmente considerados relevantes, han sido siempre olvidados por la historiografía convencional. En segundo lugar, su capacidad de reconstruir la vertiente «subjetiva» de los acontecimientos, sin miedo, parafraseando a Robert Frank, a contribuir, invirtiendo la técnica usual del historiador, a una «historia objetiva de la subjetividad»¹⁶. Por último, cabe señalar la posibilidad, derivada de una «historia viva», que permite distintos niveles de aproximación al acontecer histórico: desde la historia familiar, biográfica o autobiográfica hasta los estudios que tienen como protagonistas a un determinado grupo social en el interior de una comunidad. Es mucho, en fin, lo que aún queda por hacer en este campo de la investigación histórica. Pero puede y debe hacerse sin perder de vista el merecido auge que ha experimentado en los últimos años, que sin duda lo afianza como un generoso presente con un excelente porvenir.

¹⁶ Cfr. Robert Frank, «La mémoire et l'histoire», en D. Woldman (dir.), *Cahiers de l'IHTP*, 21 (noviembre 1992), monográfico: La bouche de la vérité? La recherche historique et les sources orales.